

CALLUM MILLER Y EL ENVIADO DE HADES (II) de Volt

Callum bajó de la ambulancia con miedo. Eso no parecía su nuevo hogar, más bien su nueva prisión. Había chicos en las ventanas mirando con las narices pegadas a los cristales, algunos más mayores que otros.

—Señor Murphy, entiendo —Una señora con ropas de monja se acercó a la pequeña comitiva que acompañaba a Callum —. Y este es el pequeño demonio que tenemos que confinar, si no me equivoco.

—Bueno, yo no diría confinar, señora Smith, pero sí, este es Callum Miller, y estará bajo sus cuidados en esta institución.

—Ya he sido puesta sobre aviso de todo lo sucedido, no es necesario azucarar las cosas. Muy bien, vamos, muchacho.

La monja, con un lunar en la frente y un rictus severo, se giró esperando que Callum la siguiera dentro. Se volvió a mirar al señor Murphy, que le sonrió con tirantez y le animó a seguirla.

La monja Smith no habló mientras entraban en la casa y sorteaban el laberinto de pasillos que había en el orfanato. Callum todavía no podía creer que se encontrara allí, en un orfanato, sin padres.

La señora Smith paró delante de una puerta de hierro colado y sacó un manojito de llaves. Callum observó que la puerta tenía una rejilla en el suelo para pasar la comida, como con los reos en las películas.

—Ya hemos llegado. Esta será tu nueva habitación.

La señora Smith se apartó abriendo la puerta y carraspeó para que Callum entrara dentro. Había un escritorio y una silla de los años cincuenta, una cama raquítica de muelles y una ventana demasiado alta para Callum en esos momentos.

—A partir de ahora, estarás confinado en esta habitación. La comida se pasará por la rejilla que hay en el suelo de la puerta tres veces al día, ni una más ni una menos. Se espera tu total colaboración mientras dure todo este asunto.

La monja se puso frente a la puerta y la cerró antes de que Callum pudiera siquiera asimilar que le estaban encerrando. Saltó a la puerta y la aporreó con todas sus fuerzas hasta hacerse daño en las manos, y luego continuó un rato más.

¡No podían dejarle allí abandonado! No era justo, nada de eso había sido algo que él quisiera que sucediera. No podían hacerle eso, no podían encerrarle como si fuera un apestado.

¿Y papá y mamá?, ¿y Calcetines? ¿Qué iba a pasar con ellos? Alguien se encargaría de enterrarlos, ¿no? Quizás el señor Murphy, aunque él tampoco se había mostrado muy amable con Callum.

La realidad, sin embargo, era la que era. Estaba solo en aquella habitación, demasiado grande y demasiado pequeña a la vez. Resultaba agobiante tener que pasar todo el tiempo entre esas cuatro paredes.

—¡Psss!

Alguien siseó desde fuera. Ya era de noche y la bandeja de comida estaba lista para ser devuelta la mañana siguiente.

—¡Psss! ¿Tú eres el chico nuevo?

—Sí, soy yo. Me llamo Callum, ¿y tú?

—James. Dicen que estás maldito, ¿es cierto?

Callum lo pensó largo y tendido. Sí, estaba maldito, no había otra forma de llamar a esa condición que tenía.

—Sí. Pero ahí estás seguro.

—¿Tú crees en maldiciones?

—Yo creo en esta, al menos.

—Seguro que sales del atolladero. Yo tengo ocho años, ¿tú?

—Siete.

—Sí, desde las ventanas parecías de mi edad. ¿Qué te gusta hacer?

Estuvieron hablando lo que pareció una eternidad de sus gustos, lo que no soportaban, cosas que les encantaban, qué juego era el mejor y de repente —

—Señor Taylor, ¿qué hace ahí?

—Hablaba con Callum, el nuevo.

—Sé perfectamente quién es Callum Miller y también sé perfectamente las reglas del orfanato. No se puede estar fuera de la cama después de las nueve, y menos deambular por los pasillos como usted ha hecho. Y como extra, tampoco puede comunicarse con el residente del ala de aislamiento.

—¡Pero no le he hecho nada!

—Las reglas son las reglas, Miller, y están para ser cumplidas. Taylor, al dormitorio, ya. Miller, es hora de irse a la cama.

Y con un golpe seco en la puerta, la señora Smith repiqueteó los tacones de sus zapatos y comenzó a alejarse con James en su cola.

—¡Volveré, Callum!

—¡Eso está por ver, señor Taylor!

Callum se sentó en la cama con un sentimiento cálido en el pecho. Al menos James iba a volver a hablar con él, cuándo y cómo pudiera. Hubo un chisporroteo y de repente un pergamino se desenrolló frente a sus ojos. La letra era recargada y antigua.

¡Bienvenido al mundo olímpico!

Como enviado de Hades, tienes el poder de tocar todo cuanto esté vivo. Para demostrar que eres digno de ser el enviado de Hades, has de quitarle la vida a cincuenta personas antes de los dieciocho años.

Sólo entonces podrás considerarte la encarnación de Hades y desarrollarte como héroe del Olimpo en la Universidad Olímpica, la más notable y excepcional universidad para jóvenes héroes del Olimpo.

Si por alguna razón no llegaras a completar la tarea que se te ha asignado, el propio Hades reclamaría tu alma para vagar por el inframundo para siempre.

P.S. Se te asignará un guardián para ayudarte a completar tan ardua tarea.

Callum releyó la nota un par de veces. ¿Iba a morir si no mataba a cincuenta personas? Ya había matado a tres, eso hacía que fueran solo cuarenta y —no, no, no, ¿en qué estaba pensando? Hablaban de matar personas, no hormigas en el patio del recreo.

No, esto no podía estar pasando. ¿Quién querría ayudarlo en tan... tan... tan horrible tarea? Seguro que se trataba de un criminal. No, todo eso tenía que ser una broma.

Pero el hombre macabro lo había dicho. Había dicho que era Hades, que él era su encarnación, y otras cosas de las que ya no se acordaba. Algo de su nacimiento y Hallowe'en y una luna roja —la luna no era roja, se apresuró en corregirse Callum.

Tenía que ser cierto. Todo aquello del Olimpo, de la Universidad Olímpica, de las encarnaciones y héroes y todo lo demás tenía que ser cierto.

Recogió la nota en su chaqueta —hacía frío en la habitación miserable —y se tumbó en la cama. Tuviera que matar a cincuenta personas o no, el tiempo lo diría —seguro que había una forma de evitar tal cruel destino. Lo importante era que James iba a volver a su solitaria alcoba y podrían seguir hablando de todo lo que no habían hablado todavía.